



La pescadora
Ayuntamiento de Madrid

SUSCRICION

Num. 13

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre... 3 Ptas.

Año... 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5,7 y 9

Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 2 Diciembre 1886

10 céntimos de peseta

y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta

Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

ENIGMAS Y GARABATOS

Me sucede, amigo lector, (y quizá tú, si eres aficionado á las cosas claras y al chocolate espeso, como vulgarmente se dice, participes de la misma enfermedad), me sucede, digo, que en cuanto se me pone delante un escrito cualquiera trazado con indecifrables garabatos, una estrambótica charadita, un acertijo, un geroglífico, en fin, algo que á primera vista no se lea ó no se comprenda, se me crispan los nervios, y se me erizan los pelos de la barba.

Darfa entonces, sin remordimiento y sin valer excusa, cuatro mogicones al autor del chanchullo por botarate y mal intencionado; pero ya que á mano no le tengo para desfogar así mis iras, escojo otra manera de vengarme del mal rato que me proporciona; y es que, sin encomendarme al santo del día, resuelvo el enrevesado enigma con la primera solución que se me viene á las mientes, aunque con mi interpretación, que por ser yo de genio un tanto apicarado ha de resultar estrafalaria, descalabre al buen sentido.

Veámoslo acontecido que alguien me ha escrito una carta diciéndome: «He dispuesto que mi cajero de cuarenta pesos á V. por saldo de su cuenta.» Y por venir la noticia con malditísima letra, he leído: «He dispuesto que mi conserje de cuarenta palos á V. por salir de su casa.» Y por no entender la garrapateada escritura, la cuenta se ha quedado sin cobrar, sospechando yo de la buena fe de quien me la debía, y me he peleado con cuantos conserjes se me han puesto al alcance.

Tarea de nunca acabar sería referir los lances, graciosos unos, pesados otros, que me han proporcionado los escritos garrapateados, los logrogrifos y las adivinanzas. Pero todo ello es nada, comparado á la manera que tengo de interpretar las abreviaturas. Si hubiese dedicado mis aficiones á la epigrafía, de seguro que, en día menos pensado, daría como lápida mohosa, y como aquel académico del cuento, digo que quiere decir: «Por aquí pasó el sultán Selim,» la inscripción: «Por aquí pasó el sultán Selim,» que una vez cuidadosamente frotada la piedra resalta expresar: «Por aquí se limpiaban las lágrimas.»

Puesto en el wrote de resolver dificultades de lectura, me creo en el derecho de decir lo que me acomoda, cargando la culpa á quien, pudiendo escribir claramente, se divierte en entender logrogrifos por el placer de, que sus

lectores se diesen de cabezadas. Así como así, me cabe la convicción de que los que toman la broma por lo serio, después de mucho cavilar no logran alcanzar el recto sentido que el autor del enigma quiso dar á su escrito, y por lo tanto, desbarro por desbarro, prefiero ahorrarme unas cuantas horas de insomnio, y reirme con una interpretación que sea de mi gusto.

Así es, que el que quiera notificarme la muerte de su suegro, ó de su cuñada, no me venga con esquelitas que digan «Q. E. P. D.» por que yo, sin meterme en distingos leeré de corrido: «Que Encontré Poco Dinero,» «Que Estoy Pasmosamente Divertido,» según los casos.

Ni tampoco se me remitan cartas con iniciales ni con ellas se me deje ver adornada portezuela de ningún coche, pues habrá querido decir por ejemplo, el litógrafo, ó el pintor con unas C. M., P. M. S., A. C., D. de M., F. L. y C., F. de P. R. y T. Cristino Martos, Práxedes Mateo Sagasta, Antonio Cánovas, Duque de Madrid, Fernando León y Castillo, Francisco de Paula Rius y Taulet, y yo leeré: «¡Cómo medrol! «Poco madrugador soy,» «Ansío comer,» «Dolor de Muelas,» «Fuí liebre y conejo,» «Fábrica de Pasteles, Rábanos y Tomates,» ó cosas por el estilo.

Lo dicho; no me vengan con embolismos; lo que se me quiera decir que se me diga claro y liso.

Por ejemplo: No les ha gustado á Vds. el artículo? Pues nada dejar de comprar los números siguientes, que esas son indirectas de que yo no entiendo, ni hago maldito el caso.

Me lo silban, y en paz.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

Pedro Huguet y Campaña

No sé que secreto guardo en mi corazón cuando me alumbra el sol, y me alumbra el sol, después de escrito este artículo, pero la pasión me lleva, que vivía en los entrados, cobrenándose á toda prudencia, á toda calma, arroja al desvario de remitirla á mi amada;

y á tal llegó mi locura,
y á tal llegaron mis ansias,
que de recibir respuesta
abrigué firme esperanza.
Y me finja leer
ora mil tiernas palabras
repitiéndome promesas
proferidas ante el ara;
ora excusas y perdones
por aquella brusca marcha,
ó ya contra de la suerte
sentidas quejas amargas,
ó ya el anhelado anuncio
de una vuelta no lejana,
ó un terrible desengaño,
ó bién reprensiones vagas.
Todo menos el silencio
lo esperé, y por mi desgracia
sólo el silencio acogió
aquellas frases del alma.
Así lo quise en un principio
fué dolor, fué pena bárbara,
nostalgia inconsolable
gérmen de contiúas lágrimas,
vino á ser tedio de vida,
desesperación infausta,
y hasta deseo de hundirme
del infierno entre las llamas.

Como pasé aquel invierno
mi pluma contar no basta,
porque fuera menester
saber decir como abrasan
puestas sobre el corazón
de un horno las rojas ascuas,
como son frios los témpanos
que en el antártico cuajan,
como es la sed del que muere,
el furor de la borrasca,
la soledad del desierto,
la oscuridad de la nada.
El vértigo en mi cabeza
continuamente rodaba,
imaginando traiciones,
y hasta imaginando infamias;
pero de Luisa, ¡Dios mío!
cómo poder sospecharlas?
Ella tan buena y tan pura,
ella tan tierna y tan santa,
no era posible, no lo era,
que ya perjura ó ya ingrata,
por olvido ó por orgullo,
á quién con voz entusiasta
á la faz del mismo cielo
juróle eterna constancia,
el corazón le arrancase
indiferente y sin causa.
En tales divagaciones
ni me acordé de las aulas,
ni me acordé de mí mismo;
¡sólo en Luisa pensaba!

Ya del revuelto Noviembre
pasado habían las ráfagas,
y del Diciembre sombrío
las brilladoras escarchas,
y al sopor del infortunio
mi inteligencia turbada,
aún desplegado no había
en el estudio sus alas.
Pero es amor un gran numen
que maravillas alcanza.
Metido en mil pensamientos
y en mil reflexiones varias,
díme á sospechar de pronto
que era insuperable valla
para merecer á Luisa,
á más de mí oscura raza,
y lo pobre de mi cuna,

mi posición no fijada.
Así creí, y esta idea
clavóse en mí cual se clava
en los hijares del corzo
la aguda punta del asta
que en carrera enfurecida
entre las selvas lo lanza.
Más Heineccio y el Rey Sábio
ofrecen gloria muy tarda
para quién como yo entonces
la apetecía inmediata.
Yo necesitar creía
deslumbrar, adquirir fama,
que mi nombre recorriese
los confines de mi patria,
para entre el son del aplauso
presentarme ante mi amada,
y ya que ofrecerle timbres
no podía de mi casta,
rendirla al ménos coronas
que envidiaría un monarca.
Para estos sueños el arte
brinda una senda magnánima,
y como yo en los primeros
años de mi edad temprana,
más aún que por deber
por afición, dedicara
al pincel y á la paleta
horas de docta enseñanza,
el templo dejé de Témis
de Erato por el alcázar.

Fuí á completar mis estudios
bajo la dirección sabia
de un pintor muy renombrado
que me brindó amistad franca,
y me cupo la fortuna
de que debiendo ir á Italia
para cierta comisión
que el gobierno le confiara,
consigo me llevó, y pude
así estudiar á mis anchas
en los divinos modelos
que como tesoros guarda
aquella nación hermosa
que es de los artistas patria.
No por natural ingenio,
pues sé que de él tengo falta,
sino por obra y milagro
de mi voluntad atada
al empeño de mi amor,
tanto aproveché en el ardua
arte que con fé emprendiera,
que cuando las tibias auras
de Mayo me retornaron
con mi preceptor á España,
ya me sentía con fuerzas
para emprender la jornada
en cuyo término veía
de la gloria las guirnaldas,
y el tan suspirado premio
de mi amorosa constancia.

(Se continuará)

MISCELANEA

Un quinto escribía á su padre: «Padre: estoy mejor que quiero: el coronel ha simpatizado conmigo, y me trata con la mayor franqueza. Entre él y yo no hay etiquetas. Mire V. si me habla con confianza, que ayer mismo me llamó... *bruto*.»

Una señora sorprendió á su marido en dulce coloquio con la doncella.

—Vaya V. con Dios,—dijo,—porque para eso no la necesito á V.; ya se hacerlo yo misma.



PENSATIVA!

ermosos ojos de una niña hermosa
que triste sin mirar miran el suelo,
donde, girón del enlodado velo,
marchita yace deshojada rosa.
Estrellas son llenas de luz radiosa
que abandonaron la región del cielo
para seguir de un pensamiento el vuelo,
de muertas ilusiones mariposa.

La niña ved meditando y sola,
las trenzas sueltas y la faz con llanto,
la vista fija en la infeliz corola.

¿Quién no dirá que busca con espanto
del oír de la rosa la última ola
imágen de aquel sueño que uno tantó!

Enrique Segura

—No hay nada como la gimnasia; ella duplica las fuerzas y triplica la vida.

—Pero hombre, nuestros antepasados no hacían gimnasia, y sin embargo...

—Pues vea V. como se han muerto.

Dos diputados tuvieron un altercado por cuestiones de amor propio.

—¿Y qué está V. predicando,—exclamó uno,—si en toda la legislatura no ha abierto V. la boca?

—Eso no, caballero,—repuso el otro,—porque siempre que ha hablado V. me he reído á carcajadas.

CUENTO

Ayer noche en una calle
á Gil embistió un ladrón,
soltó en defensa tres tiros
y nadie se dispertó.
Para escapar del peligro
dióse á la fuga veloz,
ya que vió que en sus piés solo
podía encontrar favor.
Más con los saltos que daba
un duro se le cayó,
y al instante mil cabezas
vió en uno y otro balcón.

UN INGLÉS EXCÉNTRICO

Alfredo Morante era joven bolsista dueño de una buena fortuna, y perdidamente enamorado de la hermosa Matilde, hija del marqués del Cerro. Elegante, ruboso, favorecido por la suerte y el amor, no hay que decir si contaría amigos y si estaría contento de su estrella. A todo esto debemos añadir que el marqués dotaba á su hija con una gruesa suma, y que el enlace estaba ya concertado.

Mas hé aquí que de repente la suerte volvió las espaldas al simpático Alfredo, y en una jugada de bolsa, de la cual esperaba poder doblar su capital para celebrar el matrimonio con todos los esplendores de una dorada victoria, perdió en un momento hasta la última peseta, viéndose en la necesidad de vender cuanto tenía para satisfacer sus numerosos y exigentes acreedores.

Conocido lo que se entiende en el mundo por amistad y consideración, inútil es describir la soledad de que desde entonces se encontró rodeado Alfredo. Hasta su futuro suegro le puso mala cara, y so pretexto de que le convenía que se rehabilitase, le dió á entender suavemente que era escusado pensar en Matilde.

Inmensa fué la desesperación de que con tan rudos golpes, se apoderó de Alfredo. Pensó en la muerte. Pero decidió morir vengándose de alguien. Con esta idea uo dia entró en el teatro, resuelto á armar camorra con el primero que se le presentase.

Entró, y se sentó en una butaca. Al poco rato llegó un caballero que por sus largas patillas rubias y estirado cuello, se conocía á tiro de ballesta que era inglés, y dirigiéndose á Alfredo le dijo cortesmente:

—Caballero, me parece que este asiento es mío.

Nuestro joven se encogió de hombros, y con aire insolente contestó:

—¿Y V. qué me cuenta?

—Le digo á V. que esa butaca me pertenece, y por lo tanto le ruego que no me moleste.

—Si quisiera molestarle le habría ya escupido la cara.

—¡Oh! espero que me diga V. su nombre y las señas de su casa.

—Con mucho gusto. Ahí tiene V. mi tarjeta, y mañana aguardaré sus testigos para que me digan cómo quiere V. ser apaleado.

El inglés se marchó, y Alfredo concluida la función e retiró á su casa persuadido de que iba á batirse.

Las nueve de la mañana serian de siguiente dia, cuando un criado entró en la habitación de Alfredo entregándole una carta en cuyo sobre se leía la palabra *urgente*.

—Será del inglés, pensó el arruinado bolsista: y rompiendo la cubierta leyó: «Estimable caballero: Es usted un joven de talento que quiere romperse la cabeza conmigo por una nonada. Yo en cambio deseo que sea V. dichoso, para lo cual le remito un *talón* por valor de 50 mil duros. Trabaje V., hágase rico, y sea V. feliz. Suyo, etc.»

NUESTRAS LAMINAS

LA PESCADORA

*Copia de un magnífico boceto de D. R. Martí y Alsina
(de la Real Academia de Bellas Artes)*

La gallarda napolitana recogió las húmedas redes que los fatigados marinos dejaron en la playa, y en brazos se las lleva á su casa para echar un remiendo en las mallas que coleando y mordiendo desgarraron los cautivos peces. No más ufana estaría una princesa arrastrando el manto de púrpura, que ésta bizarra sirena del Mediterráneo con la tupida y áspera red que, salpicada de lucientes escamas y goteando saladas gotas, parece un montón de hebras cuajadas de lentejuelas de plata y de ensartados diamantes.

A MASSINI

No es grato son de bien templada lira,
ni arpegio indolente de ave enamorada,
la dulcísima voz que regalada
brota en tus labios y en el cielo espira;
sino del beso porque amor delira,
de una canción por ángel entonada,
eco sonoro, nota apasionada
que el mismo amor, y el ángel mismo admira.
Cíñanme espinas del más crudo duelo,
y oiga yó de tu mágica garganta
fluir el canto que me dá consuelo,
y por Edén imaginando el suelo
diré: «Si aquí en el mundo así se canta,
no necesito que me den el cielo.»

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

LA MUERTE DE UN TIRANO

(Páginas del Proceso del Despotismo).

I.

(Es de noche. Ruje furiosísima tempestad. Los rayos serpentean. Enobarbo Neron seguido del liberto Faon, del joven Sporus, y dos esclavos, atraviesa á escape la vía Nomentana. Lejos se oye la algazara de las cohortes sublevadas.)

FAON.—Júpiter Capitolino te salva, Cesar. Con que logres atravesar el breñal que está á la otra parte de esta loma, los sabuesos que contra tí ladran habrán perdido la pista.

NERON.—Aguija el caballo y cállate; no sea que alguien al pasar te oiga, y nos conozca.

FAON.—Los truenos y el huracan ahogan todo rumor. No temas.

NERON.—Tema Roma por ella, si logro escapar al rigor de los hados nefastos que en estas idus me persiguen. Pero qué haces, Faon, que te paras?

FAON.—Mi caballo se encabrita y tiembla. No quiere pasar adelante.

NERON.—Hiérole y sigue.

FAON.—Un augurio es. Recelo algun daño.

SPORUS.—Los esclavos tambien se quedan atrás, y mi caballo se enfurece. Neron, oyes?

NERON.—Sí; la tierra se estremece y muje. ¡Dioses! El Universo se hunde conmigo.

(Suena el ruido del terremoto, y redobra la tempestad.)

FAON.—César, descabalgá: no de otra manera podrás avanzar por entre la maleza.

(Neron baja de su caballo del cual se apoderan los esclavos.)

NERON.—Los piés y las manos me sangran. El frio me entumece.

SPORUS.—Descalzo andas; y sólo un súcio y raído

manto cubre tus miembros, acostumbrados al dulce calor de la estofa y el plumon de cisne. No es mucho que te quejes.

NERON.—A la piedad de Faon lo debo, que me lo tiró á los hombros, cuando en camisa recorría yo con lágrimas en los ojos los jardines de Servilio y las avenidas del Foro llamando á una y otra puerta cerrada á mi infortunio. Con que, no maldigas este manto, que vale ahora para mí más que la púrpura siria que dejo en mi aureo lecho y en mis ebúrneos triclíneos.

UN ESCLAVO.—Neron, aguarda. Oigo rumor de gente.

NERON.—Sporus, Faon, amigos, defendedme!

FAON.—Monta otra vez á caballo y oculta el rostro. No te vean.

NERON.—Con un pañuelo lo traigo oculto toda la noche, á modo de máscara.

FAON.—Colócate detrás de nosotros, como si fueras nuestro esclavo. Apresuremos la carrera.

SPORUS.—Ya llegan hasta nosotros los reflejos de de las antorchas, y la gritería de de los pretorianos.

NERON.—Aguza el oído. Sporus; sepamos lo que dicen.

SPORUS.—Blasfeman contra Neron. Están borrachos.

NERON.—¡Que no hubiese yo derramado en los caños de las fuentes todo el veneno de Locustal! ¡Que no hubiese soltado todas mis fieras de Numidia por las calles de Roma!

FAON.—Modera tu rabia, César. Ahí los tenemos. Minerva nos cubra con su égida. ¡A escape todos!

(Neron y sus compañeros atraviesan el campamento, suelta la brida de sus corceles. Los rayos que sin cesar cruzan por el espacio, inundan de rojos resplandores la llanura. Los soldados tendidos delante de sus tiendas cantan con destempladas voces lascivas canciones, bebiendo vasos de vino griego.)

UN CENTURION.—¡Bebed, valientes, sin descanso. Cuando dejéis secos los odres, ya encontraremos Chipre y Falerno en las bodegas de la Casa Dorada. Tenemos con el vino que hay allí, para vivir borrachos durante veinte años.

UN SOLDADO.—Y cuando en la bodega no quede ya una gota, pincharemos la enorme barriga de Enobarbo.

OTRO.—Pues apresúrate, Clodio, á pincharla; porque temo que el Senado va á ganarte por la mañana.

OTRO.—Pretor, júrame por Plutarco que si vivo Neron me concederás su barba.

PRETOR.—Codicia tuena, pues el barbero se la aoraba dos veces al día.

UN LICTOR.—Dicen que al huir de palacio se ha tragado gran cantidad de perlas. Prefiro su estómago.

UN LEGIONARIO.—Con que de una vez acábe de reinar ese ridículo histrión; me contento.

UN TRIBUNO.—La fortuna abra un abismo bajo sus plantas.

VARIAS VOCES.—¡Viva Galba emperador! ¡Muera Nerón!

UN DECURIÓN.—(Viendo á los fugitivos que pasan por su lado). ¡Holá! ¡eh! ¿quiénes son esos que corren como perseguidos por las furias?

UN TRIBUNO DEL PRETORIO.—¿Qué noticias nos traéis de Roma, amigos?

UN SOLDADO.—Prisa llevan. Ni siquiera se vuelven para decir ¡Ave!

OTRO.—En seguimiento irán del flautista. ¡Buena suerte, compañeros!

NERON.—(En voz baja). Siento amargor de sangre. ¿Por qué dejé tantos hombres con vida?

FAON.—(También en voz baja). Por Júpiter, no hables.

(Los fugitivos siguen la carrera con más furor. Los pechos de los caballos resuelan como fraguas. El huracán disminuye su violencia; los rayos han cesado; y las nubes vuelan amontonándose hacia el Poniente).

NERON.—¿Está todavía lejos tu quinta, Faon? Me siento rendido.

FAON.—No está lejos; un matorral y un arroyo nos separan.

SPORUS.—Mira, el horizonte amarillea ya con la primera sonrisa de la Aurora. Pero tapa bien tu rostro, Neron, que ahí viene un hombre.

NERON.—Dé apuñalearlo siento ganas.

FAON.—No hagas tal. Te perderías; es del pretorio.

EL PRETORIANO.—¡Hola, amigos! ¿Venís de Roma? ¿Qué sabéis de Neron, de ese mal músico?

(Neron, sin poder contenerse, desfoga su rabia clavando la punta del puñal en su caballo. El bruto se encabrita, y derriba á Neron. En la caída pierde el lienzo con que ocultaba su rostro. El pretoriano reconoce con espanto al emperador, y huye precipitadamente camino de Roma).

FAON.—¡Los dioses te amparen! Vas á ser delatado.

NERON.—Mal músico me llamó un soldado. La mayor injuria he recibido sin poder vengarla. ¿Qué me importa ya la vida?

FAON.—Es preciso que te salves. Amigos, abandonad los caballos y seguidme.

(Todos descabalgan, y dejando la vía penetran en una espesísima maleza. Encuentran un cañaveral, y como Neron declara que le es imposible mover sus hinchados niés, los esclavos rasgan sus túnicas y se los envuelven con sus girones. A duras penas Neron consigue llegar al pié del bardal que mura la quinta de Faon).

SPORUS.—¿Hay gente en tu casa, Faon? Se oye ruido. ¿Sabes quién está dentro?

FAON.—Lo ignoro. Esta mañana sólo dejé en ella á mis dos esclavas nubias. Es preciso que averigüe si alguien ha venido. César, escóndete entre tanto en esa gruta.

NERON.—(Con espanto). ¡Jamás! No quiero que me entierren vivo.

FAON.—Sigue mi consejo. Sabes que te soy fiel.

NERON.—Aunque deba en tu casa morir de tormento. ¡Jamás! ¡No quiero oscuridad! ¡No quiero lodo!

FAON.—Entonces, no hay sino bajar á este barranco y entrar por el estrecho agujero que dá salida al agua sucia de mis albercas.

NERON.—Eso que dices prefiero.

(Neron, con ayuda de los dos esclavos, desciende penosamente al fondo del barranco lanzando dolientes ayes. Las angustias de la sed le obligan á abrevarse en un charco).

NERON.—¡Hé aquí mi copa y mi néctar!

(Después de beber con avidez el agua fetida, arranca de su principio el manto las zarzas de que estaba erizado, y á gatas, como una bestia, se mete arrastrando por el angosto y fangoso agujero que le indica el liberto).

II

(Interior de la quinta de Faon. Neron, ensangrentados y cubiertos de barro el rostro y las manos, está tendido en un misero lecho).

NERON.—Tengo hambre y tengo sed.

FAON.—(Presentándole un pan de avena y una ánfora de arcilla). Come y bebe lo único que puedo darte.

NERON.—(Arrojando con desprecio el pan.) Eso á tus perros, Faon; ¡aun soy César! Dame el ánfora. (Bebe).

FAON.—Tratemos, Neron, de lo que importa á tu vida. Piensa que dejas á Roma hirviendo en cólera; que las águilas del imperio te buscan para despedazarte y poner con sus garras la sacra corona de laurel en las frentes de Virginio, de Galba, de Vindex ó de Othon, ayer tus capitanes, hoy tus fieros enemigos; y que la traición que picó en el pecho de tu favorito Ninfidio, y de tu mimado Tigeleno, fautores de tu desgracia, conserva aun su viperino dardo. Las maldiciones estallan sobre ti como trombas de fuego; la soledad se ensancha á tu alrededor; no cuentas con otros compañeros que nosotros y el terror que te aniquila; los dioses te abandonan. Resuelve, pues, algo digno de un César.

NERON.—¿Ha venido con noticias de Roma Epafrodito? De su mensaje lo espero todo.

FAON.—No ha venido. Pero desconfía de Roma, que es ingrata.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑA

(Se continuará)



A. MASINI